

LA GUERRA O LA PAZ. LAS TRAMAS DEL ODIOS EN ISRAEL Y PALESTINA.

Del asesinato de Rabin a la matanza del 7 de octubre (y la incursión militar en Gaza).

Por Matías Wiszniewer (*)
Buenos Aires, diciembre de 2023

MACBETH: Lo he hecho. ¿No has escuchado nada? ...

LADY MACBETH: No pienses tanto en ello ... no debilites tu noble fuerza con el pensamiento puesto en las cosas con tan poco juicio. Ve, coge agua para lavarte de las manos ese testigo repugnante...

MACBETH: ¿Desde dónde llaman? ¿Cómo es que el más leve ruido me horroriza? ¿Podrá lavar la sangre todo el gran océano de Neptuno? No, nunca; antes mi mano teñiría de rojo todos los mares infinitos...

William Shakespeare, *Macbeth*, Acto II, Escena II
(luego de que Macbeth asesinara al buen rey Duncan,
para usurpar su corona)

Lo que ningún alma humana desea no hace falta prohibirlo... la acentuación del mandamiento «No matarás» nos ofrece la seguridad de que descendemos de una larguísima serie de generaciones de asesinos, que llevaban el placer de matar, como quizá aún nosotros mismos, en la masa de la sangre.

Sigmund Freud,
Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte,
1915

SHIR LASHALOM

En febrero de 2023, en el Rabin Center, dentro del Campus de la Universidad de Tel Aviv, pude recorrer toda la historia del Estado de Israel (junto a los principales acontecimientos del siglo XX), así como la biografía de quien fuera uno de los principales edificadores del nuevo país, comandante militar en la Guerra de los Seis Días, dos veces primer ministro de Israel y Premio Nobel de la Paz.

Entre los elementos de la exposición vi allí reproducida, hasta en los más mínimos detalles, la habitación que ocupó Isaac Rabin en el instante de su partida: el match de fútbol entre dos equipos israelíes, que él contemplaba en la noche final, se repite una y otra vez, a modo de sinfín, en la pantalla de un viejo televisor.

Dos años antes de aquel partido, Rabin y Arafat se habían estrechado la diestra, dando lugar al momento histórico en que sellaron sus negociaciones secretas en la ciudad noruega de Oslo. Con gran apoyo entre los pueblos palestino e israelí, se empezaron a transitar los siguientes pasos para consolidar los brotes que habían germinado en Oslo.

En uno de los videos de la muestra, se puede ver a ambos líderes bromeando como si fuesen viejos amigos, y a Rabin diciéndole entre risas a Arafat: “Si seguís así te vas a terminar convirtiendo al judaísmo”.

Pero una oposición de derecha y de ultraderecha israelí, impulsada por los colonos judíos de Cisjordania y Gaza (nacionalistas ultraortodoxos) y por un nuevo liderazgo en el partido Likud, empezó a tomar fuerza en las calles. Las consignas de odio fueron escalando, hasta que las manifestaciones llegaron a exhibir al “traidor” Rabin disfrazado de Hitler, o como un capitán de la Gestapo, o vestido de árabe con la cofia de Yasser Arafat; también se mostraron ataúdes para indicar que allí dentro es donde ellos, los manifestantes, deseaban ver al mandatario, cuando se cumpliera una de las consignas más estremecedoras que se leían en los carteles: “¡Muerte a Rabin!”.

El 4 de noviembre de 1995 el primer ministro dejó atrás al espectáculo futbolero y a la comfortable sala de estar de su domicilio, y se encaminó a la Plaza de los Reyes, en la explanada de la Municipalidad de Tel Aviv, para dirigirse a la multitud. El discurso con que arengó a los que se habían congregado en su apoyo, terminó con las siguientes palabras:

“Siempre creí que la mayoría de la gente quiere la paz y está dispuesta a asumir riesgos por la paz. Con vuestra presencia habéis demostrado, junto con muchos otros que no vinieron, que el pueblo realmente desea la paz y se opone a la violencia”.

Terminado el evento, el ex comandante de la Guerra de los Seis Días descendió, junto a sus allegados, por la parte posterior del escenario, donde lo esperaba el auto oficial. A pocos metros del vehículo, a las 21.30, el colono judío ultranacionalista Ygal Amir, un joven de 26 años, logró acertarle tres tiros, uno de ellos en el corazón.

Minutos antes, durante el acto, Rabin había entonado, junto a los asistentes, la *Canción de la Paz (Shir Lashalom)*, y guardó la pequeña hoja, donde estaba escrita la letra de ese himno, en un bolsillo interno de su saco. El trozo de papel, teñido con la sangre del crimen, se conserva aún en las vitrinas del Rabin Center. Así dicen algunos de sus versos (cuya versión original en hebreo suena todavía más bella):

“A aquel cuya vela fue apagada
y fue enterrado en el polvo,
el llanto amargo no lo despertará...
Así que sólo canta, una canción por la paz...
no mires atrás
deja ir a los difuntos.
Levanta los ojos con esperanza,
no a través de las vistas de los rifles...”

La muerte de Rabin no pudo ser mejor calculada. Ella significó el principio del fin de los Acuerdos de Oslo. Los palestinos, desilusionados, fueron perdiendo su confianza en el liderazgo de la OLP y de Arafat (ahora un pacifista componedor que reconocía el derecho a la existencia de Israel). La sombra del fundamentalismo se fue adueñando de la escena. El orador y promotor de las marchas callejeras donde se pedía la muerte de Rabin, era la estrella en ascenso del Likud: Benjamín Netanyahu. Primer ministro entre 1996 y 1999, entre 2009 y 2021, y desde 2022 hasta el presente, acusado por múltiples casos de corrupción y abuso de poder, Netanyahu (también llamado “Bibi”), promovió desde su mandato inicial el asentamiento de colonias ilegales en los territorios ocupados en 1967, con lo que alejó cualquier posibilidad de seguir avanzando en los acuerdos de paz. Fue consolidando de esta manera una línea de acción política basada en el

desencuentro cada vez más hondo entre israelíes y palestinos, a través de un bloqueo sostenido de la Franja de Gaza, y del sometimiento y fragmentación del territorio de Cisjordania.



Rabin junto a su canciller Shimon Peres, y a Yasser Arafat, recibiendo el Premio Nobel de la Paz en 1994. Imagen en el Rabin Center, Universidad de Tel Aviv.



Benjamín Netanyahu liderando las violentas manifestaciones contra los acuerdos de paz;
Imágenes en el Rabin Center, Universidad de Tel Aviv.



Cartel agravante contra Rabin, como si fuera el mismísimo Hitler, colocado por los manifestantes;
imagen en el Rabin Center, Universidad de Tel Aviv.

DE DÓNDE SALEN LAS COSAS

“Las paredes de todo este barrio semivacío
están llenas de inscripciones racistas como

‘Muerte a los árabes’...

Frente al cementerio hay una inscripción homicida:

‘Sharon: Rabin te espera aquí’”

En uno de los artículos que conforman su fascinante crónica (editada en 2005 como *Israel-Palestina, paz o guerra santa*), el Premio Nobel de Literatura Mario Vargas Llosa toma nota de estos escalofriantes grafitis, pintados por colonos judíos en la misma zona de Hebrón donde se encuentra la Tumba de los Patriarcas, lugar santo para el islam como para el judaísmo, y destino de peregrinación de ambas feligresías desde tiempos inmemoriales. En febrero de 1994 -recuerda el escritor peruano-, el colono Baruch Goldstein ametralló a mansalva, frente a los sepulcros de Abraham, Isaac y Jacob, a los musulmanes que allí oraban, matando a 29 de ellos e hiriendo a varias docenas más.

En ese mismo artículo, Vargas Llosa presenta a Gideon Levy, “un magnífico periodista” del “excelente” diario Haaretz, “a quien conocí -dice- mientras recorría Hebrón”. Y cita un texto, donde este cronista israelí escribe que “en los últimos cinco años, unos veinticinco mil residentes han sido erradicados de sus hogares en la zona H-2 de la ciudad. Y sólo en el barrio de Tel Rumeida, donde está el asentamiento homónimo, de las 500 familias árabes que allí residían quedan apenas 50.” Más adelante, Levy se pregunta cómo es que estas últimas familias no se han marchado todavía, “sometidas como están a un acoso sistemático y feroz de parte de los colonos, que las apedrean, arrojan basuras y excrementos a sus casas, montan expediciones para invadir sus viviendas y destrozarlas, y atacan a sus niños cuando regresan de la escuela, ante la absoluta indiferencia de los soldados israelíes que presencian estas atrocidades.”

El autor peruano describe también la situación política bajo Ariel Sharon -primer ministro de Israel en el momento de la escritura del libro-, lo que permite comprender el amenazante grafiti citado más arriba. Sharon fue un hombre de la derecha o extrema derecha israelí, señalado como uno de los responsables de la masacre de refugiados palestinos de Sabra y Chatila, acaecida en 1982, durante la invasión israelí al Líbano. Pero en 2005, cuando Vargas Llosa transitaba el último de sus viajes a Israel, Sharon (ahora jefe del gobierno) había dado un giro de 180 grados. Se alió con Shimon Peres (laborista y antiguo socio de Rabin), y decidió retomar el hilo del acercamiento a los palestinos, a través de una decisión unilateral de gran trascendencia: el desmantelamiento y retiro completo de los asentamientos de colonos judíos en Gaza (quedaron para la historia las escenas de los soldados israelíes a cargo de esa tarea), y la promesa (jamás cumplida) de seguir el mismo camino en Cisjordania.

Sin embargo, este nuevo intento de diálogo no podía prosperar. Se encontraba allí, agazapado, el personaje principal de la trama, el político astuto que, luego de una temporada en las sombras, aguardaba una nueva oportunidad: Benjamín Netanyahu empezó a operar contra el nuevo “traidor”, Ariel Sharon, hasta dejarlo fuera de su partido, el Likud. Tiempo después, Sharon sería víctima de un ACV (nunca recuperaría la conciencia), y en 2009 “Bibi” regresaría al cargo de primer ministro, que ya prácticamente no soltaría hasta el día de hoy.

Mario Vargas Llosa es insospechado de pertenecer a esa “izquierda mundial” tan denostada en estos días. El hecho de ser reconocido a nivel internacional,

precisamente, por su constante prédica contra casi todos los movimientos de izquierda o “populistas”, hace aún más llamativa la lectura de sus imprescindibles y muy actuales crónicas, redactadas en la primera década del siglo: un trabajo periodístico notable, producto de cinco viajes en los cuales se entrevistó con líderes políticos de diversas facciones de Israel y de los palestinos, con gente de a pie, y con individuos que sufrieron en carne propia la trágica violencia que, durante décadas, asoló a la región. En el apasionante recorrido por estos relatos (que construyen una imagen implacable y reveladora del conflicto palestino-israelí), nos encontramos, por ejemplo, con el caso de Nabil Amr, ex ministro de la Autoridad Palestina (OLP) esperanzado en un pronto y definitivo acuerdo de dos Estados, y con Shlomo ben Ami, ex ministro de Relaciones Exteriores de Israel, advirtiendo que no es suficiente el retiro de los colonos de Gaza si no se levanta el bloqueo por aire, mar y tierra con que Israel somete a la Franja (bloqueo que, a pesar de las advertencias de ben Ami, ha persistido hasta nuestros días).

En otra parte de su reporte, Vargas Llosa nos presenta a Pnina, “hija de judíos religiosos lituanos con vocación de pioneros”, que en 2002 debió soportar la pérdida de su pequeña hija y de su madre en un ataque de las “brigadas de los mártires de Al-Aqsa”, y a Ariel Scherbakovsky, un joven músico hijo de argentinos, que resultó gravemente herido (y perdió a algunos de sus amigos) en un atentado contra el pub Mike’s Palace, en el Paseo Marítimo de Tel Aviv. A pesar del sufrimiento extremo que le tocó atravesar, Ariel le dice a Vargas Llosa que no siente odio, ni siquiera por el terrorista que casi los mata a él y a su novia. “Este es un mundo loco”, reflexiona Ariel, “no entiendo a esta gente que considera a la tierra algo sagrado que los vuelve fanáticos... yo apoyaría cualquier acuerdo que trajera la paz. Incluso que devuelvan a los palestinos parte de Jerusalén. Sé que se han cometido muchas injusticias contra ellos.”

El Premio Nobel también se pregunta, en otra parte de estos escritos, “quiénes son los terroristas”, y analiza el amplio espectro de motivaciones de quienes -con cada vez mayor frecuencia desde la caída de los acuerdos de paz-, se inmolaban en ataques suicidas contra Israel. Estas motivaciones -más allá del objetivo político de lograr la liberación de su país- iban, en el plano personal, desde las promesas de maravillosos trasmundos brindadas por la religión islámica, hasta la frustración generalizada, la miseria, o la posibilidad de que las organizaciones armadas diesen a las familias de los mártires un sustento que ellos no podían dar.

Vargas Llosa subraya que los atentados suicidas “han causado inmensos sufrimientos, paranoia, miedo, rencor y deseos de venganza. Y han servido en bandeja un pretexto ideal a los extremistas de la derecha israelí para justificar sus medidas de represión.”

Y se entrevista también con Ezequiel Lifchitz, colono nacionalista ultraortodoxo en cuyos “ojos claros, casi líquidos, hay esa mirada de los que se saben poseedores de la verdad y nunca dudan”. Lifchitz habita uno de los opulentos asentamientos judíos injertados en una Cisjordania palestina llena de privaciones, predica por el regreso del “Gran Israel” bíblico, y afirma tajante que “la idea de los dos Estados, tan sacrílega como encender fuego en *shabat*, va contra la Torá”, y que “los árabes pueden quedarse a trabajar aquí para nosotros”, pero “los que no lo acepten, deben irse. Y a los que se rebelen... los mataremos.”

De inmediato, el autor nos hace conocer, en el interior de “un tenebroso edificio de Gaza”, al extremista de la *Yihad Islámica* Nafiz Azzam, que, aunque aclara que “no tenemos nada contra los judíos”, y que “en el Corán Dios anima a los musulmanes a ser generosos con los no creyentes”, de inmediato señala que el problema es preguntarse “qué es lo que vinieron a hacer los judíos aquí, en nuestra tierra”.

El novelista peruano da mucho espacio en estos escritos a los movimientos de judíos pacifistas israelíes, a los que considera (desde su particular visión) casi la única “izquierda” valiosa del planeta. Yehuda Shaul -cuenta Vargas Llosa- es un ex soldado del Ejército, hijo de una familia muy religiosa, que rompió con ambas instituciones, y a quien un viaje a la India llevó a quebrar el silencio sobre las acciones del Ejército de Israel en los territorios ocupados. Yehuda declara que, luego de aquel viaje, “el recuerdo de los ojos de los niños palestinos, el de las mujeres de las casas que invadíamos, el de los hombres que golpeábamos o matábamos, no me dejaba dormir. Si no hubiera hecho algo, no habría podido seguir viviendo.” Y lo que hizo fue crear, junto a un grupo de 64 ex soldados, la organización Breaking the Silence (“Romper el Silencio”).

Vargas Llosa dialoga además con un prestigioso historiador y profesor israelí de la Universidad de Haifa, Ilan Pappé, hijo de judíos alemanes, que le muestra evidencias de la silenciada destrucción de aldeas árabes en 1948 (el año de la fundación del Estado de Israel) y de la consecuente expulsión de la población palestina en ese mismo año (expulsión a la que denomina “limpieza étnica”, y que en el léxico palestino se dio en llamar *Nakba* o “Catástrofe”).

Y nos revelan también, estas crónicas de Vargas Llosa, por momentos desgarradoras, que en los campos de refugiados palestinos, donde un importante porcentaje de los niños con problemas psicológicos manifiestan, como principal aspiración de vida, su “deseo de morir”, el apoyo a Hamás crece en forma proporcional a la miseria, la frustración, la claustrofobia y la desesperación de los pobladores (la remisión de este dato al presente es muy fuerte: una encuesta publicada por el diario israelí Haaretz el 13-12-2023, muestra que, en el marco de los ataques sobre Gaza posteriores al 7 de octubre, se ha multiplicado el apoyo a Hamás en los territorios ocupados, en detrimento de la Autoridad Nacional Palestina).

Ni con “todo el gran océano de Neptuno”, se da cuenta Macbeth, sería posible lavar el acto que lleva a la eliminación del prójimo: lo que se pretende suprimir -bien lo sabe el psicoanálisis, que por algo es hijo de padre judío-, no hace otra cosa que retornar con más fuerza.

NETANYAHU Y HAMÁS

Benjamín Netanyahu y sus gobiernos de derechas han fomentado a Hamás durante años de forma indirecta.

Han permitido que el dinero de Qatar fluyera a la Franja de Gaza. El objetivo detrás de esta estrategia, es mantener que no existe posibilidad de negociar con los palestinos, con el argumento de que la Autoridad Nacional Palestina [ANP] no controla a la población que se concentra en Gaza...

Al mismo tiempo, Netanyahu ha debilitado activamente a la ANP en Cisjordania para evitar a cualquier precio que pueda haber un Estado palestino.

Además, el golpe de estado jurídico que impuso Netanyahu con su proyecto de reforma judicial, para protegerse a sí mismo de las acusaciones de corrupción, es un proceso que ha desgarrado el país.

Que el ataque no fuera detectado supone un fracaso total de los servicios secretos, del ejército y de la política.

Ehud Barak, ex primer ministro y ex ministro de defensa, de interior y de relaciones exteriores, y ex comandante en jefe de las Fuerzas de Defensa de Israel.

En *Aurora*, periódico israelí en español, Tel Aviv, 20-10-2023

Producto del asesinato de Rabin, de la caída de los acuerdos de paz, de la cruda realidad que muestran los relatos de Mario Vargas Llosa, del fracaso en el último intento acuerdista emprendido por Sharon (y boicoteado por Netanyahu), y de las políticas de “Bibi” descritas por Ehud Barak, la prédica de Hamás fue ganando cada vez más popularidad en Gaza: en 2006, el grupo extremista le ganó las elecciones en la Franja a la conducción moderada de la ANP (heredera de Arafat), y en 2007, tras una guerra civil entre ambos bandos, Hamás quedó prácticamente como la exclusiva conducción política del pequeño territorio. Tal situación dio a Netanyahu el pretexto para cerrar cualquier tipo de conversación para una “solución de dos Estados”, porque “no se puede hablar con los terroristas”. El afianzamiento de Hamás de un lado (cuestionando el derecho a la existencia misma de Israel), y el auge de la extrema derecha religiosa y supremacista judía del otro (negando todo derecho palestino a establecerse en su propio territorio), son el resultado de una política deliberada de “Bibi”, que se encargó de debilitar a la ANP (abjurando de los acuerdos de Oslo), y de incentivar -como se ha visto- tanto los asentamientos en Cisjordania como el bloqueo que transformó a la Franja de Gaza -según reportan la ONU, los más diversos medios internacionales, y prestigiosas ONGs- en una verdadera cárcel a cielo abierto.

El brutal y condenable terrorismo perpetrado el 7 de octubre, no podría nunca haber encontrado apoyo entre los palestinos si éstos no estuvieran viviendo una situación desesperada. La posterior catástrofe humanitaria producida por el accionar de la Fuerzas de Defensa de Israel en Gaza no hará más que alimentar la frustración, el odio y los deseos de venganza, afianzando el infierno sinfín que foguean, con perverso interés, desde hace décadas, los enemigos de la paz.

En un reciente artículo publicado por el diario argentino *Página/12* (21-11-2023), que el periodista Julián Varsavsky titula de manera muy clara *La simbiosis entre Netanyahu y Hamás*, se lee que “es una falacia acusar (de negacionismo del terror de Hamás) a todo aquel que se detenga en lo complejo del conflicto sin ningunear la perspectiva palestina”, porque “entender no es justificar: es deconstruir contradicciones y matices”. Y recuerda, el autor del artículo, que el ultraderechista ministro de defensa israelí Avigdor Lieberman declaró, en 2018, que Netanyahu había enviado al jefe del Mossad a Qatar para pedir que no se cortara la entrega de fondos a Gaza, y que siguieran financiando a Hamás. El mismo Netanyahu llegó a declarar -recuerda Varsavsky- que “debemos apoyar la entrega de fondos a Gaza, porque mantener la separación entre la Autoridad Palestina y Hamás” es el camino adecuado para evitar la instalación de un Estado palestino.

EL 7 DE OCTUBRE DE 2023

Cada *shabat*, durante casi todo el 2023, en las calles de todo Israel, cientos de miles de ciudadanos se manifestaron contra Netanyahu y fueron acorralando a su gobierno de extrema derecha (cuyo Ministro de Justicia, el ultranacionalista Ben Gvir, llevó sus

provocaciones a la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén, uno de los lugares más sagrados del islam, exactamente como lo había hecho el Ariel Sharon extremista del año 2000, generando en aquel año una sublevación palestina que se cobró miles de muertos, y que pasó a la historia como “Segunda Intifada”), hasta que en un *shabat*, el del 7 de octubre, se produjo, justamente en una zona donde proliferan los *kibutzim* y habitan muchos de los sectores pacifistas israelíes, el ataque que asesinó a más de mil doscientos israelíes y conmovió al mundo.

Surgieron tras la masacre angustiantes preguntas que hasta ahora nadie pudo responder: ¿cómo fue posible que una de las fronteras más seguras del mundo (custodiada por uno de los ejércitos y por uno de los servicios de inteligencia más eficaces del planeta), haya sido vulnerada de semejante manera, por un grupo cuya potencia militar es inmensamente menor? ¿Por qué no se tuvieron en cuenta las advertencias del gobierno egipcio, y de propios miembros de los servicios de seguridad israelíes que, según pormenorizadas investigaciones publicadas en medios israelíes, como también por ejemplo en el New York Times, habían advertido que se estaba organizando un atentado en la zona en que sucedió?

TIKUN OLAM

*“Si tu Señor hubiera querido, todos los habitantes de la tierra, absolutamente todos, habrían creído.
¿Y vas tú a forzar a los hombres a que sean creyentes...?”
Corán 10:99*

*Ahí es donde encuentra su sentido la teshuvá [detención y retorno].
Reconducir los pasos estando ya en el camino,
oportunidad que nos libera de las falsas determinaciones,
nos releva de la idea de destinos ya decididos,
y nos abre a la escucha de esa trompera, el shofar...
Diana Sperling, escrito de Rosh Hashaná de 2012 (5773)*

Se acusó falazmente de “antisemitismo” a quienes cuestionaron las políticas derechistas y ultraderechistas impulsadas por Netanyahu desde hace casi tres décadas, pero no es “antisemita” quien trata de reflexionar, de hacer *teshuvá*, de detenerse para explorar otros caminos; no lo es quien busca alternativas a la vía de la matanza para vengar la matanza, o al círculo interminable y siniestro de la barbarie. Muy por el contrario, resulta inherente a lo judío la senda de la crítica, de la lectura y de la relectura, justamente, para intentar no repetir el destino marcado por los dioses de la guerra y de la destrucción.

¿Cómo va a ser “antisemita” el que pide que los bombardeos sean reemplazados por una mesa de diálogo con los vecinos, con un retorno a la solución de dos Estados? ¿No se juegan acaso los más profundos valores del judaísmo en eso que Isaac Rabin estuvo a punto de alcanzar, y que las políticas militaristas impuestas por sus asesinos -cual nuevos adoradores del Becerro de Oro- no han hecho más que alejar, cada vez más?

No puede ser “antisemita” el invocar al *Tikun Olam* (reparación del mundo), santa consigna que ha guiado a la tradición judía desde hace milenios, en lugar de llamar a las armas y al exterminio.

Tildar de “antisemita” al que critica las políticas extremas del gobierno israelí, además de resultar una forma violenta de censura y cancelación de todo pensamiento disonante, puede provocar (y está provocando) brotes *realmente* antisemitas, al investir al Estado

y al gobierno de Israel con la representación de todo el judaísmo universal. El hecho extremo de calificar de “antisemitas”, desde el propio judaísmo, a los judíos críticos, constituye una banalización de lo que fue (y sigue siendo) el verdadero antisemitismo. Las recientes manifestaciones pacifistas y los reclamos de un alto el fuego en Gaza por parte de una gran cantidad de organizaciones y ciudadanos judíos (incluyendo rabinos y rabinas) en todas partes del mundo, con epicentro en la ciudad de Nueva York, demuestran que existe un judaísmo que -al igual que el de esos pacifistas israelíes que dialogaron con Vargas Llosa- se siente orgulloso portador de las tradiciones más loables portadas, generación tras generación, contra viento y marea, penuria tras penuria, por el Pueblo del Libro: un legado que no tiene que ver con la opresión militar de otros pueblos, sino con la transmisión de la Ley, a través de la Justicia. Un legado que, en definitiva, estuvo siempre (y sobre todo en sus momentos más decisivos) atravesado por la partida, por el *Éxodo*, por la errancia, por el Desierto y por la lucha contra toda esclavitud y dominación.

No hay “tierra sin pueblo” para el pueblo sin tierra, hay un Otro que invoca a convivir. ¿Qué más “judío” (y freudiano) que reconocer la necesidad de “Partición” de lo que se pretende como propio para que ese Otro tenga un lugar? ¿Qué más “judío” entonces, que defender la “Partición de Palestina” decretada por las Naciones Unidas en 1947?

Son ese judaísmo, el islam abierto de muchos sabios intérpretes del Corán, y el pueblo palestino que aspira a construir un próspero futuro en su tierra, la única esperanza para el objetivo que todos -judíos y no judíos- debiéramos compartir: Paz en Medio Oriente, de una vez por todas, y que el horror no se vuelva a repetir.

(*) Agradezco la colaboración de Jorge Orovitz Sanmartino en la elaboración de este texto